

## Informe anual sobre Antisemitismo en la Argentina, Marisa Braylan Comp. 2009- CES-DAIA

### **Procesos de subjetivación de las víctimas**

Desubjetivación: Shoá y dictadura militar argentina.  
De los campos de exterminio nazi a los  
centros clandestinos de detención.

Lo pianto stesso li pianger non lascia,  
e' l' duol che trouva in sugli occhi rintoppo,  
si volge in entro a far crescer l'ambascia<sup>1</sup>

Dante Alighieri

/

### **Los procesos de subjetivación como desubjetivantes**

Centrados en la problemática de los *procesos de subjetivación de las víctimas* en los campos de exterminio nazi y los centros clandestinos de detención, en el entramado histórico de la Shoá y la dictadura militar argentina, iniciaremos un recorrido analítico<sup>2</sup> –entre otros posibles– a partir de la palabra testimonial de las víctimas, que condensa sus vivencias subjetivas tras los muros de un espacio de vaciamiento de lo humano.

En términos de Agamben, el campo –en tanto que estructura<sup>3</sup>–, puede ser concebido “como el más absoluto espacio biopolítico que se haya realizado nunca, en el que el poder no tiene frente a él más que la pura vida sin mediación alguna (...) [donde] (...) la política se convierte en biopolítica y el *homo sacer* se confunde virtualmente con el ciudadano” (Agamben, a)<sup>4</sup>.

Si recuperamos con Lacan, el peso del orden simbólico en la constitución del sujeto –en tanto que el sujeto adviene como efecto de la inscripción del

---

<sup>1</sup>“El llanto mismo no les permitía llorar, y el dolor que encontraba el obstáculo sobre los ojos se volvía hacia dentro para aumentar la angustia. (Trad. Nicolás González Ruiz)” (Fingueret, 2000: 33).

<sup>2</sup>Desarrollaremos un recorrido analítico, de carácter ensayístico, que no pretende instaurar una verdad, sino simplemente, construir una interpretación, entre otras posibles, que exhibirá las huellas del sesgo ideológico del lugar del analista.

<sup>3</sup>Más allá de las diferencias materiales y simbólicas entre los campos de exterminio nazi y los centros clandestinos de detención, y sin aspirar a ningún tipo de reduccionismo, consideramos al *campo* como una estructura que opera subjetivamente sobre las víctimas, en tanto que engranaje de una maquinaria deshumanizante, que es, a nuestro entender, aplicable a ambos espacios en su condición desubjetivante.

<sup>4</sup>En el material al que pudimos acceder no figura el pie de imprenta con los datos editoriales ni los números de página.

*viviente* en el orden simbólico<sup>5</sup>–, que, en su condición de *parlêtre* (ser de lenguaje) "está siempre ligado, prendido, a un significante que lo representa para el otro, y mediante esta fijación carga un mandato simbólico, se le da un [su] lugar en la red intersubjetiva de las relaciones simbólicas" (Zizek, 1992: 156), podríamos advertir, que los procesos de subjetivación<sup>6</sup> emergentes en la interioridad del campo, advendrían en *desubjetivantes* –en su procura de desasir, desanclar, desamarrar al ser del orden cultural–, sostenidos por una acción comandada por una maquinaria expulsora de *la(s) existencia(s) humana(s) otra(s)* del campo social. Sociedad que podría enlazarse a la metáfora de la cultura moderna como "cultura de jardín", en términos de Bauman, donde la belleza idílica de las hierbas de *pedigree* sólo puede resplandecer en tanto y en cuanto las malezas –otras– sean cercenadas, arrancadas, eliminadas, soterradas, por debajo y por fuera de las buenas pasturas<sup>7</sup>.

Entendemos, pues, por desubjetivación, a tal mecanismo simbólico que diluye/aspira a diluir toda mediación simbólico-imaginaria y, en este proceder, desplaza a las víctimas a una condición de *nuda vida*, a un *puro no ser* despojado de todo punto de anclaje identitario, en un movimiento *in crescendo* de borramiento de la subjetividad. Subjetividad que adviene –sólo puede advenir– en *presencia ausente desubjetivada*.

---

<sup>5</sup>Señala Livszyc a este respecto: "(...) el sujeto es efecto del orden simbólico. Según Lacan, es siempre *un* discurso –una singular articulación significante– el que constituye *un* sujeto. Y define por ello al sujeto del siguiente modo: un significante representa a un sujeto para otro significante (...)" (Livszyc, 2006: 24).

<sup>6</sup>Consideramos pertinente evitar caer en la confusión de equiparar al sujeto con las posiciones de sujeto sostenidas por el proceso de subjetivación. Como señala Zizek, "el sujeto está más allá o antes que la subjetivación: la subjetivación designa el momento a través del cual el sujeto integra lo que le es dado en el universo del sentido, pero esta integración siempre fracasa en la última instancia, hay siempre un residuo que no puede ser integrado al universo simbólico, un objeto que resiste la subjetivación, y el sujeto es precisamente el correlato de este objeto. En otras palabras, el sujeto es el correlato de su propio límite, el elemento que no puede ser subjetivado; él es el nombre del vacío que no puede ser llenado por la subjetivación: el sujeto es el punto de fracaso de la subjetivación..." (Zizek, 1993: 262).

<sup>7</sup>Señala Bauman a este respecto: "La cultura moderna es una cultura de jardín. Se define como el proyecto de vida ideal y de perfecta administración de las condiciones humanas. Construye su propia identidad a partir de la desconfianza en la naturaleza (...) [y] se define a sí misma, a la naturaleza y a la diferencia entre ambas por medio de su desconfianza endémica de la espontaneidad y su deseo vehemente de un orden mejor y necesariamente artificial. Aparte del proyecto global, el orden artificial del jardín precisa de herramientas y de materias primas. También necesita defensas contra el incansable peligro que supone el desorden. El orden, concebido en primer lugar como diseño, determina lo que es una herramienta, lo que es materia prima, lo que es inútil, lo que es inoportuno, lo que es nocivo, lo que es una hierba o un animal dañino (...) Si el diseño del jardín define a sus malas hierbas, entonces hay malas hierbas ahí donde hay un jardín y hay que exterminarlas" (Bauman, 2006: 117).



### ***Un poco de historia***

En el marco de la *época de la guerra total* (1939-1945) en palabras de Hobsbawn, los campos de exterminio nazi no fueron otra cosa que la maquinaria de “destrucción racionalizada de vidas humanas de la manera más eficiente” (Hobsbawn, 1998: 52). Eficiencia que exigía una serie de requisitos que cualquier espacio que deviniera en fábrica de muerte no podía soslayar:

- “1. Lugar aislado y distante, en la medida de lo posible, de centros de población. Los campos fueron construidos de manera que por fuera no se pudiera descubrir lo que se hacía en su interior.
2. Proximidad a las vías férreas, para el transporte y traslado de las víctimas y de sus bienes y enseres hacia los depósitos del Reich.
3. Cercanía a la frontera oriental *Generalgouvernement*, como parte de la campaña de distorsión, ya que los nazis informaban a los judíos que eran candidatos a la expulsión que iban a ser enviados a los territorios del Este para trabajar o para ser ‘reubicados’” (Gutman)<sup>8</sup>.

En un principio, el fusilamiento fue el método. Más tarde, su reemplazo por las cámaras de gas y crematorios, se vería justificado por cuestiones de higiene y de invisibilidad. Por su parte, en el marco de la dictadura militar argentina (1976-1983), los centros clandestinos de detención “fueron concebidos antes que para la lisa y llana supresión física de las víctimas para someterlas a un minucioso y planificado despojo de los atributos propios de cualquier ser humano” (CONADEP, 1995:55). Destacamentos, locales civiles, comisarías, dependencias militares, devinieron en “el presupuesto material indispensable de la política de desaparición de personas” (CONADEP, 1995: 54), en espacios de privación ilegítima de la libertad, tortura, desaparición y exterminio. Posicionados en el/nuestro aquí y ahora, tales maquinarias de racionalización del horror, pueden ser leídas *après coup*, como estructurantes de una *humanidad civilizada* que merece ser historizada en y a través de un presente que demanda nuevos horizontes. Horizontes no anquilosados en el eterno retorno traumático de lo atroz, horizontes habitados por (otra) historia.

---

<sup>8</sup>En el material al que pudimos acceder no figura el pie de imprenta con los datos editoriales ni los números de página.

III

***Entre el derrumbe y la resistencia***

Envueltos por la problemática que nos convoca y guiados por las variables organizadoras de nuestro abordaje analítico –que hemos dado en llamar “el campo como maquinaria deshumanizante”, “el derrumbe del sentido/el sin sentido del derrumbe”, “entre la resistencia del sentido y el sentido de la resistencia”–, intentaremos desandar un camino que nos permita aproximarnos a la pregunta por los procesos de subjetivación de las víctimas –tanto en la dimensión que hemos dado en llamar *desubjetivante* como en aquella que oportunamente denominaremos *resubjetivante*–.

*El campo como maquinaria deshumanizante* interpela a las víctimas a asumir posiciones de (no) sujeto. Reclutados como productos inhumanos –en tanto son nombrados como mera carga, mercancías, cosas<sup>9</sup>–, los individuos son objeto de una operación simbólica de cosificación. Asimismo, la privación del nombre propio y su reemplazo por un número instituye una nueva (no) identidad enlazada al “tatuaje biopolítico”, en términos de Agamben, que deviene “en la manera más normal y económica de regular la inscripción y el registro de deportados en los campos de concentración” (Agamben, 2004: 64)<sup>10</sup>. El individuo no sólo es un (no) ser cifrado sino que además percibe imaginariamente su propio cuerpo enajenado en un otro irreconocible, no identificable. Producto de la desubjetivación desintegradora, lo corporal es

---

<sup>9</sup>En palabras de Víctor Frankl –psiquiatra austríaco, de origen judío, sobreviviente de la Shoá–, “el silbato de la locomotora tenía un sonido misterioso, como si enviara un grito de socorro en conmiseración del desdichado cargamento que iba destinado a la perdición” (Frankl, 1991:18). Por su parte, Primo Levi –escritor italiano, de origen judío, sobreviviente de la Shoá–, describe: “Exactamente así, punto por punto: vagones de mercancías, cerrados desde el exterior, y dentro hombres, mujeres, niños, comprimidos sin piedad, como mercancías en docenas...” (Levi<sup>9</sup>, 2002: 7).

<sup>10</sup>Como señala Frankl: “Los hombres sólo contaban por su número de prisionero. Uno se convertía literalmente en un número: que estuviera muerto o vivo no importaba, ya que la vida de un ‘número’ era totalmente irrelevante. Y menos aún importaba lo que había tras aquel número y aquella vida: su destino, su historia o el nombre del prisionero” (Frankl, 1991: 60). Dice Levi: “*Häftling*: me he enterado de que soy un *Häftling*. Me llamo 174517; nos han bautizado, llevaremos mientras vivamos esta lacra tatuada en el brazo izquierdo” (Levi, 2002: 14). Asimismo, en los centros clandestinos de detención también las víctimas eran numeradas: “(...) la ‘capucha’ se me hacía insoportable, tanto es así que un miércoles de traslado pido a gritos que se me traslade: ‘A mí..., a mí, 571’ (la capucha había logrado su objetivo, ya no era Lisandro Raúl Cubas, era un número)” Testimonio de Lisandro Raúl Cubas (CONADEP, 1995: 60). “Ella se da cuenta en ese momento que los llamaban por número, no llamaban por nombre y apellido. Ella recuerda su número: 104. Recuerda que cuando la llamaban a ella era que la tenían que torturar” Testimonio de M. de M. (CONADEP, 1995: 62).

vivido de manera fragmentaria<sup>11</sup>. Por su parte, la reducción de la vida a un mero transcurrir, a una pura supervivencia<sup>12</sup>, se impone en la distorsión subjetiva del tiempo –en tanto que organizador cultural– que vacía al tiempo vivido del entramado *recordación del pasado/vivencia del aquí y ahora presentes/proyección futura*, y estalla en el instante. Respecto de la figura de la mujer en particular, la desubjetivación en marcha procura desprenderla de su función materna<sup>13</sup>.

En el marco de un espacio de vaciamiento de lo humano podríamos leer a la interpelación como un operador simbólico deshumanizante que siempre demanda, al decir de Frankl, “existencias desnudas”<sup>14</sup>. Hecho este pequeño rodeo, entendemos que del proceso de subjetivación, en su dimensión desubjetivante, advienen/sólo pueden advenir *presencias ausentes desubjetivadas*.

*El derrumbe del sentido/el sin sentido del derrumbe* sobreviene del enfrentamiento de las víctimas con el horror. De ese encuentro subjetivo con lo real, donde un tajante abismo se impone como (ausencia de) anclajes firmes, el trastabillar del orden simbólico abre la posibilidad del desmoronamiento. Cuando el único sentido que permanece es su falta, el sujeto es desbordado por la angustia y, desplazado a un *no lugar*, termina por perecer<sup>15</sup>. Es tal el

---

<sup>11</sup>Nos dice Levi: “ya mi propio cuerpo no es mío: tengo el vientre hinchado y las extremidades rígidas, la cara hinchada por la mañana y hundida por la noche; algunos de nosotros tienen la piel amarilla, otros gris: cuando no nos vemos durante tres o cuatro días nos reconocemos con dificultad” (Levi, 2002: 20).

“No sabíamos en qué sentido estaban nuestros cuerpos, de qué lado estaba la cabeza y hacia dónde los pies. Recuerdo haberme aferrado a la colchoneta con todas mis fuerzas para no caerme, a pesar de que sabía que estaba en el suelo”. Testimonio de Liliana Callizo (CONADEP, 1995: 60).

<sup>12</sup>Reflexiona Jacobo Timerman –periodista argentino, de origen judío, sobreviviente de la dictadura militar argentina–: “Vivo, durante todo este tiempo, -¿cuánto?- parado o sentado” (Timerman, 1982:3).

<sup>13</sup>“Le fue negado uno de los roles naturales de su sexo: la maternidad. Eran vulnerables como madres y como objetos de posibles agresiones sexuales. ‘...Cada niño judío automáticamente condenaba a su madre a la muerte tanto en la selección como en la rutina laboral...’ y cada niño que nacía, venía al mundo con una sentencia de muerte. Cuando los transportes llegaban a los campos, inmediatamente, las mujeres jóvenes con hijos pequeños, eran conducidas a las cámaras de gas” Ver Duchos, D., “La mujer en la Shoah” en *Nuestra memoria*, Número 18. Fundación Memoria del Holocausto. Disponible en <http://www.fmh.org.ar/revista/18/lamuje.htm>

<sup>14</sup>“Mientras esperábamos a ducharnos, nuestra desnudez se nos hizo patente: nada teníamos ya salvo nuestros cuerpos mondos y lirondos (incluso sin pelo); literalmente hablando, lo único que poseíamos era nuestra *existencia desnuda*” (Frankl, 1991: 24).

<sup>15</sup>(...) Este compañero estuvo sentado, encapuchado, sin hablar y sin moverse durante seis meses, esperando la muerte” (CONADEP, 1995: 61).

“Todos teníamos este momento no ya por nosotros, lo que no hubiera tenido importancia, sino por nuestros amigos. Solía comenzar cuando una mañana el prisionero se negaba a vestirse y

peso simbólico del proceso de desubjetivación que, expulsadas de la realidad social y vaciadas de lo humano, las *presencias ausentes desubjetivadas* son desasidas incluso de una/su muerte digna. Como señala Agamben:

“el estar situado entre la vida y la muerte es (...) una de las características constantes en las descripciones del musulmán, el ‘cadáver ambulante’ por antonomasia. Frente a su rostro borrado (...) los supervivientes vacilan incluso en atribuirles la simple dignidad de vivientes. Pero esta familiaridad con la muerte puede tener también otro significado, más ultrajante aún, que se refiere más a la dignidad o indignidad de la muerte misma que a la dignidad o indignidad de la vida”<sup>16</sup> (Agamben, b)<sup>17</sup>:

*Entre la resistencia del sentido y el sentido de la resistencia* emerge una serie de interrogantes que claman algún tipo de respuesta. ¿Qué hacer cuando el orden simbólico trastabilla y el sujeto está a punto de desmoronarse? ¿Es posible la resistencia? ¿Tiene algún sentido? Cuando se descorre el velo de lo imposible, lo real resplandece en su mismidad. Torturas, exterminio, aniquilamiento, muerte... *horror*. Testigos de lo atroz sin interposiciones, hubieron quienes, en su experiencia subjetiva, alcanzaron a asir la posibilidad de la supervivencia. Comandadas por el deseo de ser femeninas muchas mujeres pudieron aferrarse al imaginario instituido de la femineidad<sup>18</sup>. Evocar la

---

a lavarse o a salir fuera del barracón. Ni las súplicas, ni los golpes, ni las amenazas surtían ningún efecto. Se limitaba a quedarse allí, sin apenas moverse. Si la crisis desembocaba en enfermedad, se oponía a que lo llevaran a la enfermería o hacer cualquier cosa por ayudarse. Sencillamente se entregaba. Y allí se quedaba tendido sobre sus propios excrementos sin importarle nada” (Frankl, 1991: 79).

<sup>16</sup>“¿Sabéis a quién llamamos aquí un ‘musulmán’? Al que tiene un aspecto miserable, por dentro y por fuera, enfermo y demacrado y es incapaz de realizar trabajos duros por más tiempo: ése es un ‘musulmán’. Más pronto o más tarde, por regla general más pronto, el ‘musulmán’ acaba en la cámara de gas” (Frankl, 1991: 28).

“Su vida es breve pero su número es desmesurado; son ellos, los *Muselmänner*, los hundidos, los cimientos del campo; ellos, la masa anónima, continuamente renovada y siempre idéntica, de no-hombres que marchan y trabajan en silencio, apagada en ellos la llama divina, demasiado vacíos ya para sufrir verdaderamente. Se duda en llamarlos vivos: se duda en llamar muerte a su muerte, ante la que no temen porque están demasiado cansados para comprenderla” (Levi, 2002: 53).

<sup>17</sup>En el material al que pudimos acceder no figura el pie de imprenta con los datos editoriales ni los números de página.

<sup>18</sup>“Teníamos unos trapitos, no sé de donde y nos hicimos corpiños. Nos llevaban a trabajar con custodia y si detectaban el corpiño, podían castigarnos y hasta matarnos y lo seguíamos usando. En el alma, queríamos ser mujeres...”<sup>18</sup>. Ver Duchos, D., op.cit.

imagen de un amor<sup>19</sup>, contemplar la belleza de una puesta de sol<sup>20</sup>, cultivar e intensificar la vida espiritual<sup>21</sup>, recordar lo que ha instituido nuestra identidad pretérita<sup>22</sup>, instituir un lazo con otro<sup>23</sup>, apreciar aquello que por fuera de ese

---

<sup>19</sup>“Mientras marchábamos a tropicónes durante kilómetros, resbalando en el hielo y apoyándonos continuamente el uno en el otro, no dijimos palabra, pero ambos lo sabíamos: cada uno pensaba en su mujer. De vez en cuando yo levantaba la vista al cielo y veía diluirse las estrellas al primer albor rosáceo de la mañana que comenzaba a mostrarse tras una oscura franja de nubes. Pero mi mente se aferraba a la imagen de mi mujer, a quien vislumbraba con extraña precisión. La oía contestarme, la veía sonriéndome con su mirada franca y cordial. Real o no, su mirada era más luminosa que el sol del amanecer. Un pensamiento me petrificó: por primera vez en mi vida comprendí la verdad vertida en las canciones de tantos poetas y proclamada en la sabiduría definitiva de tantos pensadores. La verdad de que el amor es la meta última y más alta a que puede aspirar el hombre. Fue entonces cuando aprehendí el significado del mayor de los secretos que la poesía, el pensamiento y el credo humanos intentan comunicar: la salvación del hombre está en el amor y a través del amor. Comprendí cómo el hombre, desposeído de todo en este mundo, todavía puede conocer la felicidad — aunque sea sólo momentáneamente— si contempla al ser querido. Cuando el hombre se encuentra en una situación de total desolación, sin poder expresarse por medio de una acción positiva, cuando su único objetivo es limitarse a soportar los sufrimientos correctamente —con dignidad— ese hombre puede, en fin, realizarse en la amorosa contemplación de la imagen del ser querido. Por primera vez en mi vida podía comprender el significado de las palabras: ‘Los ángeles se pierden en la contemplación perpetua de la gloria infinita’ (Frankl, 1991: 45-46).

<sup>20</sup>“Una tarde en que nos hallábamos descansando sobre el piso de nuestra barraca, muertos de cansancio, los cuencos de sopa en las manos, uno de los prisioneros entró corriendo para decirnos que saliéramos al patio a contemplar la maravillosa puesta de sol y, de pie, allá fuera, vimos hacia el oeste densos nubarrones y todo el cielo plagado de nubes que continuamente cambiaban de forma y color desde el azul acero al rojo bermellón, mientras que los desolados barracones grisáceos ofrecían un contraste hiriente cuando los charcos del suelo fangoso reflejaban el resplandor del cielo. Y entonces, después de dar unos pasos en silencio, un prisionero le dijo a otro: ‘¡Qué bello *podría* ser el mundo!’” (Frankl, 1991: 48).

<sup>21</sup>“Esta intensificación de la vida interior ayudaba al prisionero a refugiarse contra el vacío, la desolación y la pobreza espiritual de su existencia, devolviéndole a su existencia anterior. Al dar rienda suelta a su imaginación, ésta se recreaba en los hechos pasados, a menudo no los más importantes, sino los pequeños sucesos y las cosas insignificantes. La nostalgia los glorificaba, haciéndoles adquirir un extraño matiz. El mundo donde sucedieron y la existencia que tuvieron parecían muy distantes y el alma tendía hacia ellos con añoranza: en mi apartamento, contestaba al teléfono y encendía las luces. Muchas veces nuestros pensamientos se centraban en estos detalles nimios que nos hacían llorar” (Frankl, 1991: 47).

<sup>22</sup>“Recuerdo dos casos de suicidio frustrado que guardan entre sí mucha similitud. Ambos prisioneros habían comentado sus intenciones de suicidarse basando su decisión en el argumento típico de que ya no esperaban nada de la vida. En ambos casos se trataba por lo tanto de hacerles comprender que la vida todavía esperaba algo de ellos. A uno le quedaba un hijo al que él adoraba y que estaba esperándole en el extranjero. En el otro caso no era una persona la que le esperaba, sino una cosa, ¡su obra! Era un científico que había iniciado la publicación de una colección de libros que debía concluir. Nadie más que él podía realizar su trabajo, lo mismo que nadie más podría nunca reemplazar al padre en el afecto del hijo. La unicidad y la resolución que diferencian a cada individuo y confieren un significado a su existencia tienen su incidencia en la actividad creativa, al igual que la tienen en el amor. Cuando se acepta la imposibilidad de reemplazar a una persona, se da paso para que se manifieste en toda su magnitud la responsabilidad que el hombre asume ante su existencia. El hombre que se hace consciente de su responsabilidad ante el ser humano que le espera con todo su afecto o ante una obra inconclusa no podrá nunca tirar su vida por la borda” (Frankl, 1991: 84).

<sup>23</sup>“Descubro que en la puerta frente a la mía también está abierta la mirilla y hay un ojo (...) Y entonces tengo que hablar de ti, de esa larga noche que pasamos juntos, en que fuiste mi amigo, mi hermano, mi padre, mi hijo, mi amigo. ¿O eras una mujer? Y entonces pasamos esa noche como enamorados. Eras un ojo, pero recuerdas esa noche, ¿no es cierto? Porque me



marco se enlazaría a lo insignificante<sup>24</sup>, desarrollar algún tipo de actividad intelectual<sup>25</sup>, son todos modos de encontrar algún sentido que resista frente a la maquinaria deshumanizante sostenido en algún punto de anclaje que presentifique la (cuasi) ausencia de la subjetividad.

#### IV

#### **Subjetivación, desubjetivación, resubjetivación**

Enfrentadas al horror de una maquinaria deshumanizante, las víctimas fueron sometidas a un proceso simbólico desubjetivante. Desplazadas a no lugares, desancladas de su universo simbólico, extirpadas de su humanidad, existieron algunas que pudieron resistir enlazadas en la hebra del/un sentido, en el encuentro con algún *sentido que resista*. Ello les dio fuerzas para no derrumbarse, para construir un pequeño mundo con sus propios valores, con sus propias lógicas, con sus propias evocaciones; un mundo sostenido por sus propios deseos.

¿Y qué hay del *sentido de la resistencia*? Podríamos arriesgar una respuesta posible: Comandadas por el deseo de *ser testigos*<sup>26</sup>, las *presencias ausentes desubjetivadas*, experimentan un desplazamiento del significante *víctimas* –en tanto que al modificarse la relación del sujeto con el significante, se produce un efecto otro de subjetivación, emerge una nueva identidad cosida al significante<sup>27</sup>–, para, finalmente, ser cosidas a un significante otro que

---

dijeron que habías muerto, que eras débil del corazón y que no aguantaste la 'máquina', pero no me dijeron si eras hombre o mujer. Y, sin embargo, ¿cómo puedes haber muerto, si esa noche fue cuando derrotamos a la muerte? (Timerman, 1982: 6).

<sup>24</sup>“Una vez entró una mosca a la celda, y fue una verdadera fiesta verla volar durante varias horas” (Timerman, 1982: 35).

<sup>25</sup>“Decidí escribir un libro sobre los ojos de mi esposa. Se titulaba ‘Los ojos de Risha en la celda sin número’ (...) me organizaba como un poeta que está en su mesa de trabajo y realiza un inspirado trabajo profesional (...) debía comenzar a escribir mentalmente. Y lo importante es que la tarea durara el mayor tiempo posible” (Timerman, 1982: 35-36).

<sup>26</sup>Compartimos, con Agamben, que convertirse en testigos es una –y no la única– de las razones que hicieron de las víctimas –en el caso del autor, víctimas de la Shoá y no de la dictadura militar argentina–, sobrevivientes (Agamben, 2000). Pero aún creemos, a partir del *recorte* testimonial que desencadena nuestro análisis en función de nuestro objeto de estudio, y visto desde el lugar del deseo, que, el *ser testigos*, adquiere un peso digno de consideración como orientador de las vivencias de las víctimas en el campo y como enlace con *su después* de sobrevivientes.

<sup>27</sup>En palabras de Lacan: "Es que al tocar, por poco que sea, la relación del hombre con el significante, aquí conversión de los procedimientos de la exégesis, se cambia el curso de la historia modificando las amarras de su ser" (Lacan, 1975: 507).

soportará e instituirá retroactivamente una/su nueva identidad *resubjetivada*: *sobrevivientes*.

Creemos que del contacto con el horror, quienes logran salir, lo hacen radicalmente distintos, *son*, sí, pero, *après coup*, ya son *otros que son*. Elegimos cerrar con un interrogante que nos llevará a nuevos recovecos de la historia, a nuevos matices, a nuevas búsquedas. ¿Cómo es vivido por los sobrevivientes el encuentro con posiciones de sujeto (otras) ancladas en el *mundo de los hombres*? Responder esta pregunta nos llevará a desandar un nuevo camino, el camino de los *procesos de resubjetivación de los sobrevivientes*:

“Nosotros, los ‘sobrevivientes’  
¡de repente nos encontramos en el proscenio!  
Iluminados, examinados, interrogados, por sentimientos,  
por el modo de transmitirlo a nuestros hijos,  
por los comentarios de ellos...  
Diferenciados de gente ‘normal’  
nos sentimos clasificados en una categoría especial.

“Nosotros, los ‘sobrevivientes’  
hemos despertado el interés de psicólogos,  
historiadores, escritores y cineastas.  
En una suerte de ‘pánico a la hora de cierre’  
-claro, ‘cada vez somos menos-  
Nos vimos urgentemente descubiertos,  
Y debemos –así nos dicen-  
Cumplir con el compromiso  
De perpetuar lo vivido y revelar  
nuestra alma a la posteridad (...)”

*Nosotros, los ‘sobrevivientes’*  
(Fingueret, 2000: p.45).